

## Capítulo 136 - Un ángel caído

### El juicio del Tribunal Divino

El Tribunal Celestial de Veredictos Finales existía más allá de la comprensión mortal: una enorme cámara tallada en luz estelar cristalizada, donde se impartía justicia con la fría precisión de la ley cósmica.

Nieblas etéreas se arremolinaban en el aire como seres vivos, llevando susurros de destinos decididos y sinos reescritos.

Siete figuras estaban sentadas sobre tronos de jade blanco puro, sus formas envueltas en una niebla tan espesa que solo sus siluetas permanecían visibles.

Cada uno irradiaba la abrumadora presencia de verdaderos inmortales: seres que habían trascendido no sólo la mortalidad, sino el concepto mismo de limitación.

Sus auras presionaban la realidad como pesos, provocando que el aire mismo brillara con un poder apenas contenido.

En el centro del círculo estaba una mujer.





Sus manos estaban atadas por cadenas de luz que pulsaban con energía divina, cada eslabón estaba inscrito con sellos que impedían incluso el pensamiento de resistencia.

Ella era hermosa como sólo los seres celestiales podían serlo: eterna, perfecta, su forma irradiaba el tipo de gracia etérea que los ojos mortales apenas podían procesar.

Pero ahora esa belleza divina estaba empañada por la desesperación.

Una de las figuras de rostro neblinoso se inclinó hacia adelante, levantando una mano pálida que parecía tallada en rayos de luna. Al hablar, su voz transmitía la fuerza de una autoridad absoluta.



"Te elegiré para que seas el recipiente de mi nacimiento".

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par, temblando de sorpresa y horror cuando las implicaciones cayeron sobre ella como una montaña que se derrumba.

Sus labios se separaron, pero sólo surgió un susurro.

"No..." Negó con la cabeza frenéticamente, las cadenas tintinearón al forcejear. "Así perderé mi divinidad. Mi esencia será..."



Una risa fría resonó por la cámara, cortando sus protestas como una cuchilla a través de la seda. La diversión de la figura era palpable, rebosante de desdén y cruel satisfacción.

"Deberías sentirte honrada de que te demos esta oportunidad de convertirte en la fuente de mi nacimiento", dijo, con la crueldad despreocupada de quien se dirige a un insecto. "Recuerda esto bien: tus crímenes son imperdonables".

La desesperación de la mujer se convirtió en desafío, su voz se quebró mientras luchaba contra la abrumadora presión que pesaba sobre su alma.

"¡No hice nada más que ayudarlo a escapar!", gritó, con lágrimas corriendo por sus mejillas perfectas. "¡Tenía razón en defenderse! La corrupción, la injusticia... solo intentaba..."



La presión se intensificó diez veces.

Cayó de rodillas, gimiendo mientras pesos invisibles se estrellaban contra su espíritu. El aire se volvió denso como un líquido, cada respiración una lucha contra fuerzas que buscaban aplastar su existencia.

"Ese hombre traicionero", jadeó entre jadeos, "que siempre codicia con dao corrupto..."



Sus palabras se interrumpieron cuando círculos de luz adicionales se materializaron alrededor de su garganta, apretándose como nudos etéreos. Se atragantó, sus manos arañando inútilmente las ataduras divinas que comenzaron a contraerse.

Entonces apareció la lanza.

Se materializó en la mano de la figura central: un arma de pura energía maldita, cuya hoja se retorció con un poder maligno que hacía retroceder la realidad misma. Sin ceremonia, sin vacilar, la clavó directamente en el pecho.

Sus ojos se abrieron de par en par, sus pupilas se dilataron mientras la energía maldita inundaba su esencia divina como veneno en el agua. Podía sentir cómo su inmortalidad se desvanecía capa a capa, su conexión con el reino celestial se cortaba como hilos cortados.



"Con esto, sellamos tu memoria y te atrapamos en la infinita piscina de la reencarnación", entonó la figura, con un eco en su voz que resonaba con firmeza. "Morirás y renacerás uno tras otro, olvidando toda tu esencia. Y en tu primer nacimiento, te convertirás en el recipiente para el Descenso del Primer Hijo del Cielo".

El verdadero horror de su destino cayó sobre ella como un tsunami.



Ahora lo entendía: si simplemente caía en la piscina de la reencarnación, habría una posibilidad. Una remota posibilidad de que su naturaleza divina se reafirmara, de que pudiera recuperar sus recuerdos a lo largo de sus vidas.

Pero convertirse en la vírgenes de un Hijo del Cielo la vaciaría por completo. Toda su fortuna acumulada, su buen karma, sus créditos espirituales... todo se transferiría al niño, dejándola sin nada. Menos que nada.

En vidas posteriores, nacería espiritualmente en bancarrota, sin ninguna chispa divina que encendiera sus recuerdos.

Ella realmente se volvería mortal, atrapada en un ciclo interminable de reencarnación ignorante.



Al igual que los humanos que nunca piensan en el hecho de que un día morirán y aun así siguen viviendo, ignorantes de esta verdad tan obvia, una vida de ignorancia que para ella era una jaula.

Sus mandíbulas se apretaron mientras trataba de protestar, de negociar, de ofrecer cualquier cosa que pudiera cambiar esa cruel sentencia.

Pero antes de que pudiera hablar, una aguja afilada apareció en su frente como una marca: una fina punta de juicio cristalizado que pulsaba con poder sellador.



El inmortal de rostro brumoso se levantó de su trono, su túnica blanca prístina fluía a su alrededor como luz líquida.

Su voz llevaba la finalidad de la ley cósmica.

"Naceré a través de ti, mujer. Será mejor que estés alerta; así tus pecados podrían desaparecer."

Dicho esto, chasqueó los dedos.

El cuerpo de la mujer desapareció instantáneamente, arrastrado hacia el vacío arremolinado de la reencarnación como una piedra arrojada a aguas sin fondo.

Su grito de protesta se perdió en el sonido atronador de un alma que era arrojada desde las alturas de la divinidad al reino mortal.

El despertar en la mortalidad

"¡Jaja ...

Ella estaba en una choza.

Las paredes estaban agrietadas y desgastadas, construidas con madera tosca y remendadas con tela que había visto décadas mejores.



Había cerámica rota esparcida por el suelo a su alrededor, y su cuerpo...

Su cuerpo estaba envuelto en vendas rotas, algunas de ellas empapadas de sangre vieja.

La ropa que llevaba era poco más que harapos, rotos y manchados hasta el punto de ser irreconocibles.

Cada movimiento enviaba nuevas oleadas de agonía a través de sus extremidades.

Pero fueron los recuerdos los que realmente la devastaron.

Todo volvió a su mente de repente: el juicio, la sentencia, la risa cruel de los inmortales mientras la condenaban a ese destino.

Recordó su naturaleza divina, su poder, su conexión con los reinos celestiales.

Ella recordó quién había sido.

Y ahora sentía en lo que se había convertido.





Han pasado 3 años desde que estos fragmentos comenzaron a llegarle en forma de convulsiones.

No todos los recuerdos llegaron a la vez, sino que fueron como pequeñas descargas, y cada una parecía desgarrarla, dañando su meridiano. Era cruel recordarlo una y otra vez; seguía cayendo desde su verdadero nivel, desde la formación máxima del núcleo hasta el establecimiento fundacional. Y entonces, en el lapso de tres años, se había convertido en una mortal con no solo los meridianos dañados, sino con un cuerpo completamente cercenado.

Sus mandíbulas se apretaron mientras la sangre comenzaba a formarse entre sus dientes, su cuerpo temblaba de rabia y desesperación mientras escupía las palabras que se habían estado acumulando en su garganta.



"Bastardos... Yo... "

Pero no pudo completar la amenaza.

La horrible verdad la golpeó mientras bajaba la cabeza en señal de derrota.

En el momento en que ella muriera en esta vida, sus recuerdos desaparecerían para siempre.

Su divinidad ya había sido despojada, dejándola sin nada más que carne mortal y una conciencia que se desvanecía.



Ella sería como cualquier otro ser humano, que vive su vida sin preguntarse qué hay más allá de la muerte... simplemente olvidándose de la muerte misma o no preocupándose por ella.

Este cuerpo había sido diseñado para un solo propósito: dar a luz y luego marchitarse.

Podía sentirlo ahora, la debilidad fundamental arraigada en sus huesos. En el momento en que sus recuerdos divinos comenzaron a despertar, activaron un sello autodestructivo.

Y ahora, no podía sentir ningún núcleo espiritual en su cuerpo. Estaba vacío. Todo había sido destruido en su interior. Ni siquiera podía mover su cuerpo ahora que el último fragmento del recuerdo le llegaba.



Ahora era su fuerza vital la que se estaba agotando, dejándola mirando impotente cómo todo lo que alguna vez había sido se le escapaba entre los dedos como arena.

Las lágrimas cayeron silenciosamente por sus mejillas mientras el peso total de su situación caía sobre ella.

Estaba atrapada en un cuerpo moribundo, armada solo con recuerdos de poder que nunca podría recuperar, esperando una muerte que le robaría incluso ese pequeño consuelo.



JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

Todo lo que podía hacer era llorar por el ser divino que había sido y por las incontables vidas mortales de ignorancia que se extendían ante ella como un túnel interminable y sin luz.

Y ella... sus ojos simplemente se cerraron lentamente, cayendo en el olvido, esperando morir sola en este pueblo abandonado.

iBam! iBam!

"¡LA ENCONTRAMOS!"

